

TRADICIÓN Y NACIONALISMO EN LAS OBRAS DE ERIC HOBSBAWM, BENEDICT ANDERSON Y HAGEN SCHULZE

Rubén Vicente Luis BEVILACQUA

Universidad Nacional del Sur

La nacionalidad, como tópico histórico, ha sido reiteradamente abordada, en los dos últimos siglos, tanto por historiadores como por antropólogos, sociólogos y filósofos de la historia. Si bien las conclusiones arribadas no siempre han sido coincidentes, la mayoría de los investigadores han insistido en destacar la gran dificultad y complejidad que presenta su temática. Dentro del marco de las diversas interpretaciones, me propongo presentar las conclusiones de tres de estos eminentes pensadores que han trabajado minuciosamente el tema. Tanto Eric Hobsbawm como Benedict Anderson y Hagen Schulze han resaltado los diversos aspectos que presenta la problemática de la tradición y de la nacionalidad en sus diversas manifestaciones.

El planteo de Hobsbawm se centra básicamente en afirmar que las tradiciones, que semejan o reclaman ser antiguas, son a menudo muy recientes en su origen e, incluso, a veces llegan a ser inventadas. Se trata, por consiguiente, de representaciones recientemente elaboradas, muy probablemente en pocos años, que lograron instalarse en el imaginario colectivo con suma rapidez. El historiador británico lo define con particular precisión al indicar que

“implica un grupo de prácticas, normalmente gobernadas por reglas aceptadas abierta o tácitamente y de naturaleza simbólica o ritual, que buscan inculcar determinados valores o normas de comportamiento por medio de su repetición, lo cual implica automáticamente continuidad con el pasado.”¹

El autor, hace hincapié en los siguientes elementos que debe contener toda “tradición inventada”: 1) son ficticias, 2) están compuestas por reglas aceptadas abierta o tácitamente, 3) tienen naturaleza simbólica o ritual 4) su propósito es lograr la aceptación de

¹ Eric HOBSBAWM, “Introducción: la invención de la tradición”, en HOBSBAWM, Eric y RANGER, Terence (eds.), *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2002, p. 8.

determinados valores o normas de comportamiento, 5) el método utilizado para este objetivo sería la repetición sistemática. Por ello, imponer tradiciones sería esencialmente un proceso de formalización y ritualización, caracterizado por la referencia al pasado, aunque sólo sea por el hecho de imponer la repetición.

A pesar de su reciente creación, estas tradiciones necesitarían remontarse forzosamente a un lejano pasado imaginado y esto es así incluso para aquellas revoluciones recientes que, a pesar de su intencional quiebre con lo anterior, tratan de vincularse con alguna tradición que les dé continuidad a fin de conseguir consolidar su legitimación. Esta relación se lograría naturalmente a través de una vinculación ficticia o creada. Esto no significa que toda tradición sea inventada, pues existirían tradiciones genuinas en aquellos lugares donde aún perduran los modos de vida antiguos.

A fin de aclararnos su concepto, Hobsbawm establece una clara diferencia entre la tradición por una parte y la costumbre y la convención o rutina por la otra. En la tradición, el pasado, ya sea real o ficticio, impone sus reglas fijas a través de la repetición. En cambio, la costumbre no se opone a la innovación, pudiendo por consiguiente carecer de un origen histórico. Su objetivo sería deshacer un equilibrio de fuerzas en la lucha constante de las masas oprimidas contra sus señores. Con respecto a la convención o rutina, la función, y por lo tanto su justificación, sería más bien técnica que ideológica.

“Están diseñadas para facilitar inmediatamente operaciones prácticas definibles y se modifican o abandonan rápidamente para enfrentarse a necesidades prácticas cambiantes.”²

La *invención de una tradición* se produciría con más frecuencia en momentos en que una sociedad debilitada sufre una rápida transformación o bien destruye las estructuras sociales para las cuales ya había elaborado las viejas tradiciones. Esto también sucedería cuando estas viejas tradiciones y sus defensores son eliminados.

El autor destaca especialmente el uso de materiales antiguos para la construcción de tradiciones inventadas, de género reciente, y para nuevos propósitos. Esto no supondría ninguna dificultad ya que para ello existiría una gran reserva de materiales acumulados en el pasado de cualquier sociedad, disponiéndose también de un elaborado lenguaje de práctica y comunicación simbólicas. Suele suceder que las nuevas tradiciones se puedan injertar en las viejas o que consigan concebirse mediante el préstamo de los depósitos, bien surtidos, del ritual oficial, el simbolismo, la exhortación moral, la religión, la pompa principesca, el folclore y la francmasonería.

² *Ibidem*, p. 9.

En otro intento de clasificación, el investigador establece que

“estas tradiciones inventadas parecen pertenecer a tres tipos superpuestos: a) las que establecen o simbolizan cohesión social o pertenencia al grupo, ya sean comunidades reales o artificiales; b) las que establecen o legitiman instituciones, estatus, o relaciones de autoridad, y c) las que tienen como principal objetivo la socialización, el inculcar creencias, sistemas de valores o convenciones relacionadas con el comportamiento.”³

De todas ellas, la primera aparece como la dominante mientras que las dos últimas se presentan como creaciones artificiales, manifestándose en funciones implícitas o surgidas de un sentido de identificación con una comunidad o institución que la representan. De esta manera, las mismas expresarían y simbolizarían a una nación.

A su vez, nos aclara que las dos primeras terminaron generando dificultades por los conflictos sociales y las desigualdades jerárquicas formales que provocaron, con lo cual concluyeron por obstaculizar la aplicación universal de las tradiciones. Esto no afectó demasiado a las de tipo c) pues la socialización general logró inculcar los mismos valores en cada ciudadano, integrante de la nación y súbdito de la corona, sin que dichas socializaciones se interfirieran entre sí.

Hobsbawm plantea una diferencia entre las tradiciones reales y las ficticias, correspondiendo las primeras a prácticas antiguas y las segundas a rituales inventados. Las primeras serían específicas y cumplirían la función de establecer fuertes lazos sociales mientras que las segundas serían en esencia vagas o muy generales, como lo son la naturaleza de los valores, los derechos y las obligaciones que implican la pertenencia al grupo que las inculca, correspondiendo las mismas a los valores tan difundidos del patriotismo, la lealtad, el deber, el espíritu de una institución, etc. Destaca y reconoce la fortaleza de estas últimas debido a su asociación con el componente sentimental de los seres humanos ya que

“el factor crucial parece situarse en la invención de signos de pertenencia a un club cargados emocionalmente y simbólicamente, más que en los estatutos y los objetivos de ese club. Su significado reside precisamente en su vaga universidad.”⁴

Por otra parte, las nuevas tradiciones parecen ocupar un pequeño espacio en la vida cotidiana de los hombres en los tiempos modernos.

“‘Lo que se hace’ estructura los días, las estaciones y los ciclos vitales de los hombres y las mujeres occidentales del siglo XX mucho menos de lo que estructuraba la vida de sus ancestros, y aún mucho menos que las obligaciones externas de la economía, la

³ *Ibidem*, p. 16.

⁴ *Ibidem*, p. 17.

tecnología, la organización estatal burocrática, las decisiones políticas y otras fuerzas que ni residen en la 'tradición' en el sentido adoptado aquí, ni la desarrollan.”⁵

Sin embargo, esto no ocurriría en aquellos aspectos vinculados a los hombres empleados en el servicio público (las fuerzas armadas, el derecho, los funcionarios, etc.) y en las prácticas asociadas con la pertenencia de los ciudadanos a un estado pues, la mayoría de los habitantes, harían consciente su pertenencia a una nación a través de su asociación con símbolos patrios tales como las banderas, imágenes, ceremonias y músicas, y además con prácticas semirituales (como por ejemplo las elecciones), todo lo cual sería, en su mayor parte, históricamente nuevo y creado.

Las tradiciones inventadas, hasta donde les es posible, utilizan a la historia como legitimadora de la acción y el comienzo de la cohesión del grupo. Incluso los movimientos revolucionarios hacen retroceder sus innovaciones haciendo una fuerte referencia al *pasado del pueblo* (por ejemplo, los sajones contra los normandos, los galos contra los romanos, los visigodos contra los musulmanes, etc.)

El historiador no deja de responsabilizar de esta situación a los propios historiadores pues todos ellos

“sean cuales sean sus objetivos, están comprometidos en el proceso en tanto que contribuyen, conscientemente o no, a la creación, dismantelamiento y reestructuración de las imágenes del pasado que no sólo pertenecen al mundo de la investigación especializada, sino a la esfera pública del hombre como ser político.”

Por lo tanto, los exhorta a ser conscientes de la dimensión de sus actividades. De todos ellos, aquellos que se dedican al período moderno y contemporáneo deberían ser los más interesados en el estudio de la invención de la tradición pues

“son muy importantes para la innovación histórica relativamente reciente que supone la ‘nación’ y sus fenómenos asociados; el nacionalismo, la nación-estado, los símbolos nacionales, las históricas y demás.”⁶

Eric Hobsbawm concluye señalando la presencia de una paradoja bastante curiosa aunque no por ello incomprensible: las naciones modernas pretenden presentarse como lo contrario a la novedad buscando por consiguiente sus orígenes en la antigüedad más lejana y definiéndose a sí mismas como contrarias a cualquier elaboración artificiosa. Esto genera que se presenten tan naturales que no necesiten más precisión que su propia afirmación. Sin embargo, sería evidente que todo concepto que gire en torno a la nación tiene que tener, de modo necesario, un componente inventado y relativamente reciente, con lo cual no sería

⁵ *Ibidem*, p. 18.

⁶ *Ibidem*, p. 20.

aconsejable estudiar los fenómenos nacionales sin una previa y adecuada investigación en torno a la *invención de la tradición*.

Por su parte, el investigador inglés Benedict Anderson, en su artículo sobre las *Comunidades Imaginadas*, pone el énfasis en la importancia, significación y permanencia del nacionalismo que indudablemente aparece como un fenómeno nuevo en la historia (tendría poco más de doscientos años de antigüedad) y, ante todo, en su clara diferenciación con las fuertes ideologías de la modernidad, como el liberalismo o el marxismo, ya que la base de su tesis es la afirmación de que el nacionalismo no constituye en sí mismo una ideología. A tal efecto, cita el caso de las distintas revoluciones marxistas (como la de la República Popular de China, la República Socialista de Vietnam, etc.) que, aparecidas después de la Segunda Guerra Mundial, no se reivindican a sí mismas como revoluciones triunfantes sino que lo hacen en términos nacionales pues ellas se han arraigado firmemente en un espacio territorial y social heredado de un pasado prerrevolucionario. A su vez, a esta llamativa situación, se le sumarían los nuevos grupos nacionalistas que estarían surgiendo en algunas “naciones antiguas” con aspiración a su propia independencia.

Todo lo dicho nos plantea una realidad evidente:

“el ‘fin de la era del nacionalismo’, anunciado durante tanto tiempo, no se encuentra ni remotamente a la vista. En efecto, la nacionalidad es el valor más universalmente legítimo en la vida política de nuestro tiempo.”⁷

Aunque los hechos estén claros, su explicación sigue provocando una larga disputa. La nación, la nacionalidad y el nacionalismo son conceptos claramente difíciles de definir. A esto se le sumaría la falta de una teoría aceptable sobre el nacionalismo, circunstancia que el propio autor lo resalta como una anomalía incómoda para la doctrina marxista.

A su vez, esta situación está muy bien descripta por historiador inglés:

“Los teóricos del nacionalismo se han sentido a menudo desconcertados, por no decir irritados, antes estas tres paradojas: 1) la modernidad objetiva de las naciones a la vista del historiador, frente a su antigüedad subjetiva a la vista de los nacionalistas. 2) La universalidad formal de la nacionalidad como un concepto sociocultural —en el mundo moderno, todos tienen y deben ‘tener’ una nacionalidad, así como tienen un sexo—, frente a la particularidad irremediable de sus manifestaciones concretas, de modo que por definición, la nacionalidad ‘griega’ ese sui génesis. 3) El poder ‘político’ de los nacionalismos, frente a su pobreza y aun incoherencia filosófica. En otras palabras, al revés de lo que ocurre con la mayoría de los ‘ismos’, el nacionalismo no ha producido

⁷ Benedict ANDERSON, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Bs. As., FCE, 2000, 1ra. Reimpresión, p. 19.

jamás sus propios grandes pensadores: no hay por él un Hobbes, —ni un Tocqueville, ni un Marx o un Weber.”⁸

Anderson insiste en que debemos tratar al nacionalismo en la misma categoría en la que analizamos el parentesco y la religión y no en la del liberalismo o del fascismo, definiéndola, con un espíritu antropológico, como *una comunidad imaginada como inherentemente limitada y soberana*. Sería imaginada porque los miembros de cualquier nación jamás conocerán a la mayoría de sus compatriotas, lo que no impide que en la mente de cada uno viva la imagen de su comunión. Es limitada porque incluso la mayor de ellas tiene fronteras finitas más allá de las cuales se encuentran otras naciones. Se imagina como soberana porque el concepto nació en una época en que la Ilustración y la revolución estaban destruyendo la legitimidad de los reinos dinásticos mientras que, por otra parte, la madurez de esta etapa de la historia aceptaba el pluralismo religioso y la libertad de ideas como base de las relaciones sociales, con lo cual la garantía y el emblema de esa libertad terminó por manifestarse a través de un estado soberano. Por último, se imagina como una comunidad porque, a pesar de las desigualdades sociales existentes en ella, la nación se concibe como un profundo compañerismo de tipo horizontal.

“En última instancia, es esta fraternidad la que ha permitido, durante los últimos dos siglos, que tantos millones de personas maten y, sobre todo, estén dispuestas a morir por imaginaciones tan limitadas.”⁹

Al referirse a esta circunstancia, el investigador hace hincapié en el hecho de que las ideologías modernas que surgieron a fines del siglo XVIII, como el liberalismo y la ilustración, incluyendo también al fascismo y el marxismo de períodos posteriores, no se preocuparon por dar respuestas a los interrogantes existenciales del hombre en el cosmos, a las preguntas que están directamente vinculadas con la muerte, el destino, el dolor, etc... “El siglo de la Ilustración, del secularismo racionalista, trajo consigo su propia oscuridad moderna” con lo cual “lo que se requería entonces era una transformación secular de la fatalidad en continuidad, de la contingencia en significado”.

Por ello, pocas cosas serían más apropiadas para ocupar esta finalidad que una idea de nación. Esta situación explicaría la paradoja antes planteada ya que, si aceptamos el hecho de que los estados nacionales constituyen un fenómeno nuevo en el tiempo, las naciones a las que representan presumen siempre de un pasado inmemorial, proyectándose hacia un futuro ilimitado, con lo cual el milagro del nacionalismo convertiría el azar en destino. No

⁸ *Ibidem*, p. 25.

⁹ *Ibidem*, p. 29.

sería una casualidad que a la decadencia del pensamiento religioso de fines del siglo XVIII se le contrapusiera el surgimiento de un sentimiento nacional. De esta manera

“el nacionalismo debe entenderse alineándolo, no con ideologías políticas conscientes, sino con los grandes sistemas culturales que lo precedieron, de donde surgió por oposición.”¹⁰

Estos sistemas culturales relevantes serían la comunidad religiosa y el reino dinástico que actuaron como marcos de referencia que se daban por sentados como ocurrió posteriormente con el nacionalismo.

Anderson se detiene en analizar el pasado de los grandes complejos culturales.

“Todas las grandes comunidades clásicas se concebían a sí mismas como cósmicamente centrales, por medio de una lengua sagrada ligada a un orden de poder ultraterrenal. En consecuencia, el alcance del latín, el pali, el árabe o el chino escritos era, en teoría, ilimitado.”¹¹

Este lenguaje sagrado funcionaba como el elemento creador de una comunidad, manifestada a través de los signos y no por los sonidos, de modo tal que cuando más muerta estuviera una lengua escrita, y por lo tanto más alejada del discurso, tanto mejor porque de esta forma en principio todos tendrían acceso a un mundo puro de signos. Esto es comprensible si se tiene en cuenta que en la antigüedad

“la realidad ontológica es aprehensible sólo a través de un sistema singular, privilegiado, de representación: la lengua verdadera del latín eclesiástico, el árabe coránico o el chino de los exámenes.”¹²

Por lo tanto, todos aquellos que tenían acceso a esta lengua escrita se sintieron parte de una comunidad universal. Esta situación se desvanecerá lentamente a fines de la Edad Media.

Con respecto a los reinos dinásticos, el historiador británico establece una clara diferencia entre la idea actual sobre la soberanía estatal y su concepción antigua. Mientras que en el primer caso la soberanía actuaría de manera plena y pareja sobre todo el territorio legalmente demarcado, en la segunda, los estados se definirían por sus centros, siendo las fronteras un asunto menos trascendente y preciso. Esto explicaría la situación paradójica en la cual los imperios premodernos lograron sostener su dominio sobre poblaciones significativamente heterogéneas, y con frecuencia ni siquiera contiguas, durante largos períodos de tiempo.

¹⁰ *Ibidem*, p. 30.

¹¹ *Ibidem*, p. 31.

¹² *Ibidem*, p. 33.

En tercer lugar existiría una concepción de la temporalidad donde la cosmología y la historia eran indistinguibles, mientras que el origen del mundo y del hombre se planteaba como idénticos en esencia. Es así como vemos en las pinturas de la Edad Media, o en los vitrales de las iglesias góticas, a personajes bíblicos con el ropaje del período medieval. La importancia de estos tres elementos combinados constituyó ideas que arraigaron fuertemente a los hombres con la naturaleza misma de las cosas, permitiéndoles dar sentido a las fatalidades existenciales de la vida y proporcionando, de diversas maneras, la redención a estas fatalidades.

Sin embargo tales concepciones fueron desapareciendo lentamente por los efectos del cambio económico, los descubrimientos sociales y científicos y el desarrollo de unas comunicaciones cada vez más rápidas que establecieron una cuña dura entre la historia y la cosmología. Esto motivó la búsqueda de una nueva forma de interacción de la comunidad, el poder y el tiempo, dotada de significado.

Junto con los criterios anteriormente expuestos se sumaría una idea de comunidad pensada a través de dos formas de imaginación que florecieron en el siglo XVIII: la novela y el periódico, las cuales van a proveer los instrumentos técnicos necesarios para conformar la *representación* de la clase de una comunidad imaginada como lo constituye la nación.

En esta búsqueda de la conciencia nacional nada fue más efectivo para precipitarla que el capitalismo impreso, que permitió que un número creciente de personas pensara acerca de sí mismas, y se relacionaran imaginariamente con los otros, a través de nuevas formas. Este mercado se dará a principios del siglo XVI, dirigido principalmente a los lectores de latín quienes, a su vez, en aquel momento, eran bilingües. Como se trataba de un grupo bastante reducido de personas, los empresarios editoriales, una vez saturado el mercado elitista del latín, se dirigieron hacia el público monolingüe.

Este impulso editorial se vio reformado por tres factores externos, dos de los cuales contribuyeron directamente al surgimiento de una conciencia nacional. El primero fue el cambio en el carácter mismo del latín. El trabajo de los renacentistas, al pulimentar la lengua, los llevó a estudiar los manuscritos de los clásicos con lo cual el latín se volvió más ciceroniano y por lo tanto más alejado de la vida eclesiástica y cotidiana.

“El latín antiguo no era arcano por su tema o su estilo, sino simplemente porque estaba escrito, es decir, por su carácter de texto. Ahora se volvía arcano a causa de lo que estaba escrito, a causa de la lengua misma.”¹³

¹³ *Ibidem*, p. 65.

El segundo factor fue la Reforma, que debió gran parte de su éxito al capitalismo impreso. Anderson aclara que antes de la Reforma, Roma ganaba todas las batallas contra sus oponentes porque siempre poseía mejores líneas de comunicación. Pero hacia 1517, Lutero aprovechó las ventajas que aportaba la imprenta para que sus planteos fueran impresos en lengua alemana y rápidamente conocidos en todo los rincones del país.

“En los dos decenios de 1520 a 1540, se publicaron en alemán tres veces más libros que en el período de 1500 a 1520, lo que constituye una transformación asombrosa en la que Lutero ocupaba un lugar indiscutiblemente central. Sus obras representaban no menos de un tercio del total de los libros en idioma alemán vendidos entre 1518 y 1525.”¹⁴

La Reforma que comenzó en Alemania pronto contó con seguidores en distintos lugares de Europa y en esta nueva batalla el protestantismo estuvo siempre a la ofensiva pues supo aprovechar adecuadamente el mercado en expansión de las impresiones en lenguas vernáculas, mientras que la Contrarreforma se mantenía aferrada al latín. La unión entre el protestantismo y el capitalismo impreso creó nuevos grupos de lectores, como lo fueron los comerciantes y las mujeres, que poco o nada sabían del latín.

El tercer factor fue la suplantación del latín por las lenguas vernáculas como instrumentos de la centralización administrativa. El proceso comenzó antes de la revolución de la imprenta y de la religión del siglo XVI con lo cual actuó como un factor independiente en la erosión de la sacra comunidad imaginada. Esta situación no tuvo un impulso ideológico ni protonacional como lo demuestran los ejemplos producidos en Inglaterra, Francia, Alemania y Rusia. Simplemente fue una sustitución del latín por otra lengua con finalidades exclusivamente administrativas, esto es, usada por los propios funcionarios para su conveniencia interna. No existía entonces la idea de la imposición sistemática de la lengua a las poblaciones sometidas de una dinastía.

El historiador británico interpreta que la relación entre el carácter esotérico que tomó el latín, el surgimiento de la Reforma y el desarrollo de las lenguas vernáculas administrativas deben ser consideradas como un elemento negativo en cuanto a que contribuyeron al desplazamiento del latín puesto que podemos concebir la aparición de las nuevas comunidades nacionales imaginadas sin la presencia de ninguno de estos factores.

“Lo que, en un sentido positivo, hizo imaginables a las comunidades nuevas era una interacción semifortuita, pero explosiva, entre un sistema de producción y de relaciones

¹⁴ *Ibidem*, p. 66.

productivas (el capitalismo), una tecnología de las comunicaciones (la imprenta) y la facilidad de la diversidad lingüística humana.”¹⁵

Para el investigador, el elemento de la fatalidad es fundamental, lo cual no debe confundirse con la visión ideológica que nos brinda el nacionalismo que resalta la fatalidad primordial de las lenguas particulares asociadas con sus propias unidades territoriales. Al respecto, lo importante sería la interacción entre la fatalidad, la tecnología y el capitalismo. Frente a la gran cantidad de dialectos y lenguas vernáculas, sólo el capitalismo impreso podía realizar una síntesis gramatical y sintáctica que estableciera lenguas impresas, mecánicamente reproducidas. Estas nuevas lenguas estaban por encima de las lenguas vernáculas habladas y por debajo del latín, de modo tal que permitieron que millones de personas pudieran entenderse a través del lenguaje escrito, dando lugar al comienzo de una comunidad nacionalmente imaginada.

A su vez, el capitalismo impreso dio una fijeza al lenguaje que mucho tuvo que ver con la imagen de antigüedad que el mismo presenta para la idea subjetiva de la nación, pues el libro impreso mantendrá una forma permanente con capacidad para ser reproducida con muy pocas modificaciones en lo temporal y espacial. En el futuro, la escritura ya no estará sujeta a los cambios constantes de los copistas medievales y por lo tanto se mantendrá relativamente inalterable.

En sus orígenes, la aparición de las lenguas impresas fue un proceso en gran parte inconsciente, gradual y pragmático, resultado de la interacción repentina entre el capitalismo, la tecnología y la diversidad lingüística. Pero una vez llegado a esta situación, se transformaron en los modelos formales a imitar y fueron utilizados maquiavélicamente por los estados dentro de la construcción imaginada de una nación.

El autor resume y reafirma este concepto indicando que

“la convergencia del capitalismo y la tecnología impresas en la fatal diversidad del lenguaje humano hizo posible una nueva forma de comunidad imaginada, que en su morfología básica preparó el escenario para la nación moderna”.¹⁶

La estrecha relación entre el nacionalismo y sus lenguas vernáculas se enfrenta a una realidad que parece negarla en parte: la existencia de una lengua común para distintas nacionalidades, como el español y el inglés y la presencia de países en donde una pequeña fracción de su población habla la lengua nacional, como el caso de muchos antiguos estados coloniales, sobre todo en África.

¹⁵ *Ibidem*, p. 70.

¹⁶ *Ibidem*, p. 75.

A su vez, el historiador Hagen Schulze parte de la definición que sobre nación elaborara el francés Ernest Renan, a fines del siglo XIX, afirmación que, a pesar del tiempo transcurrido, no ha perdido su vigencia. Según la misma,

“las naciones son entidades espirituales, comunidades, que existen mientras están en las mentes y los corazones de las personas, y que se extinguen cuando ya no son más pensadas ni deseadas; las naciones se basan en la conciencia nacional. Las naciones se reconocen en una historia común, en una gloria común y en unos sacrificios comunes; debe añadirse que esta historia común corresponde por regla general a una realidad limitada, es generalmente más soñada y construida que real”.¹⁷

Lo que Renan llamaba “*comunidad solidaria*” constituye en la actualidad el objeto de investigación de la sociología de grupos. Según ella, existen dos tipos de agrupaciones: las propias y las extrañas. Mientras el círculo propio se mantiene unido a través de un “*sentimiento de pertenencia*”, aquello que Renan llamaba “*principio espiritual*”, los grupos extraños constituyen los otros, dando lugar a la fuerte tendencia a considerar a los camaradas de grupo como a iguales mientras que los miembros de los grupos extraños serían inferiores. El primer grupo otorga al individuo no sólo pertenencia y seguridad sino también el sentimiento de que la actividad desplegada en su seno brinda sentido a su existencia. La unión sentimental del grupo “*nosotros*” se establece no sólo a través de las normas de comportamiento, mediante las cuales los miembros se reconocen mutuamente, sino también por medio de la identificación con símbolos tales como los blasones, banderas, emblemas, etc., que responden a la necesidad de continuidad del mismo además de la obligación de remontarse hacia sus orígenes históricos, a fin de legitimar su presencia. Esto los lleva a simplificar la historia y, en caso de necesidad, a inventarla.

El historiador alemán reconoce que el concepto de “*nación*” es antiquísimo, incluso anterior al de “*estado*” pero aclarando que el mismo, en la antigüedad, no abarcaba a todos los miembros de una nacionalidad aún sin estado. Entonces, se la utilizaba únicamente para indicar el nacimiento o la descendencia ya que actuaba como el elemento de diferenciación de todo tipo de agrupaciones. También podía abarcar un estamento social, grupos profesionales e incluso podía referirse como lo opuesto a la civilización para designar, en este caso, a todo pueblo carente de instituciones políticas claramente desarrolladas. Es así como los paganos de la Vulgata, los bárbaros de Isidoro de Sevilla, los infieles musulmanes, constituirían “*nationes*”, al igual que las grandes tribus germanas de la Edad Media temprana como los francos, visigodos, lombardos o burgundios, dado que cada una de ellas tenía un origen, aunque sin aquella estructura interna política y social que caracteriza a todo pueblo civilizado. De esta manera, el vocablo terminó por designar a la comunidad a la que se

¹⁷ Hagen SCHULZE, *Estado y nación en Europa*, Crítica, Barcelona, 1997, p. 87.

pertenecía por nacimiento. Esto implicaba que, fuera de su “*natio*”, cualquier persona podía reclamar vivir según los derechos de su propia nación.

El carácter reciente del fenómeno de la nacionalidad se pone claramente de manifiesto a través de los ejemplos que nos brinda la historia. Al respecto, Schulze presenta el caso de Alemania (así como también el de Italia e Inglaterra) y lo desarrolla desde sus presuntos orígenes, durante el Imperio romano, pasando por la Edad Media y Moderna, hasta su concreción en estado nacional, recién en la segunda mitad del siglo XIX. En el caso alemán, destaca puntualmente que ellos nunca tuvieron conciencia de la singularidad de su origen. Los romanos los designaban como los habitantes de la Germania y cuando, a fines del siglo IX, se organizaron, lo hicieron en torno a funcionarios carolingios, que a su vez provenían de la aristocracia franca, y no en función de sus presuntos comienzos tribales. Esto se acentuó, aún más, cuando los Otones tomaron la corona imperial, cetro que no poseían ni era originario de los alemanes.

Los reyes germanos se consideraban herederos del imperio carolingio, como los francos, con lo cual consiguieron retroceder sus raíces hasta la misma Troya, a través de Roma. Situación que quedó consolidada cuando en el año 1117 se logró establecer el “*Sacro Imperio romano*”. Sin embargo, y debido a la necesidad de los lazos feudales, el emperador debió presentarse ante sus súbditos como el rey de los germanos, distanciándose de esta manera de los reyes francos, que ya se hallaban plenamente identificados con la región oriental del Rin.

Por su parte, ya en el tiempo de las cruzadas, existía una clara diferenciación entre ambas orillas de este río, generadas tanto por la idea de la propia identidad como de la ajena, manifestada, a partir de entonces, en claros estereotipos de carácter peyorativo. De esta forma, las cualidades negativas de los “*otros*” servían para reafirmar la propia identidad nacional. A diferencia de los alemanes, los francos de la parte occidental siempre se habían considerado descendientes legítimos de Carlomagno, por lo cual sus monarcas siempre se llamaron *reges francorum*, reyes de los francos. La fuerza que desplegaron estas dinastías, a lo largo de su historia, fue de tal magnitud que podemos decir que en Francia, como en el caso inglés, el estado claramente fundó y antecedió a la nación.

Para los germanos de su tiempo, su patria sólo lo constituía su terruño y el lugar de nacimiento, reconociéndose únicamente como súbditos de su príncipe o duque.

“El Imperio no era precisamente la patria; la pertenencia al Imperio era esencialmente asunto de señores feudales y las autoridades urbanas. (...) Patria y nación aparecen separadas en Alemania: la nación alemana como cuerpo político no se componía de las personas que vivían en Alemania o hablaban alemán, sino del estamento de príncipes

del Imperio que juntamente con el emperador constituía el Imperio, elegía al emperador o, en todo caso, participaba en las a menudo largas deliberaciones acerca de la sucesión imperial, y tomaba asiento frente al emperador en la Dieta”.¹⁸

La palabra deutsch (alemán) procede de thiutisk, término originario de Baviera, que se extendió por Centroeuropa en los siglos VIII y IX. Significaba “*lengua vulgar*”, una lengua que no era unitaria sino que abarcaba a una multitud de dialectos germanos tribales que se distinguían tanto del latín de la Iglesia como de las lenguas románicas y eslavas de Europa. A diferencia de lo sucedido en Inglaterra o en Francia, donde las dinastías fueron configurando, a lo largo del siglo XIII, fuertes centros de poder, que posibilitaron el desarrollo de fuerzas constitutivas de la nación, la Corona real alemana mantuvo una debilidad constante. Antes de la Revolución francesa, como ya hemos indicado, la nación sólo la integraban a aquellas personas que tenían estatus político: la nobleza, el clero y a veces la burguesía o las ciudades.

Sin embargo, la diferenciación lingüística logró reforzar el sentimiento de pertenencia a un grupo, a diferencia de aquellos que hablaban otros idiomas. Por ejemplo, en el Concilio de Constanza, en 1414, ya se votaba por naciones. A su vez, los estudiantes de las universidades se agrupaban por lenguas que implicaban, en última instancia, una diferenciación nacional. El incremento de la población, hacia el año 1000, debió haber aumentado los viajes y las peregrinaciones con lo cual muy probablemente debieron acentuarse las interacciones y los conflictos entre las personas de distintas lenguas. Dentro de este marco de crecimiento demográfico y de diferenciación lingüística, las guerras actuaron como elemento catalizador del sentimiento de la nacionalidad.

El investigador alemán nos aclara que si bien, en un principio, las nacionalidades actuaron como un ente impreciso y borroso, hacia finales de la Edad Media, fueron tomando cuerpo y desarrollo. Para esta etapa, ya empieza a manifestarse el factor religioso como un elemento de cohesión y diferenciación nacional a través de las traducciones de la Biblia del latín, a las lenguas vernáculas, como la realizada al inglés por Whiclyff, a fines del siglo XIV, o de Martín Lutero al alemán, hacia principios del siglo XVI. Situación que fue reforzada con la aparición y difusión de la imprenta que invadió Europa con panfletos propagandísticos de la Reforma. Sin embargo, Lutero no aspiraba a la constitución de un estado alemán. Cuando hablaba de la “*nación alemana*” no se refería a otra cosa que a la nobleza alemana. Su impulso reformador se limitó a la mejora de la religión cristiana y de las costumbres germánicas.

El argumento religioso fue ambivalente en la formación de la unidad nacional pues donde corona, nación y confesión eran una, se produjo una explosión considerable de los

¹⁸ *Ibidem*, pp. 91-92.

sentimientos nacionales que catalizó la integración del Estado. Si esta unidad no se daba, podía producirse la guerra civil. En Inglaterra, durante la revolución de 1642 a 1649, fue ante todo el Parlamento quien propuso el argumento de la unidad nacional, utilizando para ello el recurso al Antiguo Testamento como instrumento religioso adicional y altamente efectivo:

“así pues, bastante pronto, en la época isabelina, ya se había formado en Inglaterra un ‘sentimiento de pertenencia’, que reposaba sobre una lengua común, una imagen histórica común, una religión común —común en todo caso por lo que hacía a la enemistad contra el catolicismo romano—, así como sobre una visión común de lo que era Inglaterra y lo que debía ser.”¹⁹

Ya con Enrique VII, el soberano se presenta como el representante de todo el pueblo inglés y no únicamente como el jefe de un partido nobiliario. Por su parte, en el Parlamento inglés, también se manifestó la unidad del reino y de la nación. Mientras tanto, la nación alemana aparecía como una comunidad de unión política de los príncipes alemanes, que hacían frente como “*Imperio*” al emperador.

A su vez, una situación particular se dio en esta región, donde la íntima ligazón de Estado e Iglesia hacía necesaria la reforma de ambas instituciones.

“La nación alemana, entendida políticamente, era, por lo tanto, en el inicio de la Edad Moderna, un concepto usado en contraposición a los poderes universales del emperador y el papa; no lo bastante capaz de fundar un poder estatal perdurable.”²⁰

Por lo tanto, “*patria*” y “*nación*”, aparecían separadas en Alemania. A la primera pertenecían aquellas personas vinculadas a una región determinada. Los segundos correspondían a los señores feudales y a las autoridades municipales.

La exhumación del texto de la *Germania*, de Tácito, dio nuevos bríos a los estudiosos humanistas alemanes. Hasta ese momento, los eruditos no podían exhibir una estirpe germana que diera origen a su nación, a diferencia de los franceses con el pueblo franco. El “*alemán*” (deutsch) era una denominación global de los distintos dialectos populares germanos y como tal, una expresión artificial.

“Ahora se traducía muy fácilmente: los germanos de Tácito eran los antepasados de los actuales alemanes”. (...) “Al divulgado tópico del alemán basto, incivilizado y bebedor se opuso ahora el tipo ideal de Tácito del germano no maleado, fiel, valiente y de vida simple.”²¹

¹⁹ *Ibidem*, p. 107.

²⁰ *Ibidem*, p. 111.

²¹ *Ibidem*, p. 112.

Esto permitió que los humanistas alemanes del siglo XVI preconizaran que los germanos representaban, entonces, el papel de portadores de una nación pura y primitiva que inexorablemente sustituiría a la debilitada y vieja civilización italiana y francesa.

En las islas británicas, la temprana solidez de la monarquía ayudó al concepto de nación, constituyéndose en símbolo de la misma, y al igual que en Francia, la realeza fortaleció el sentimiento nacional. Otros estados lograron esta situación a través de la guerra. Francia durante la guerra de los Cien Años. España con la lucha por la Reconquista.

Por otra parte era evidente que este mito nacional no solo carecía del marco político-estatal, sino también de la base lingüística pues casi todos los humanistas alemanes continuaron escribiendo en latín. Estos sabios siguieron siendo, en primer lugar, ciudadanos humanistas del mundo: su misión nacional de sacar a Alemania de la barbarie pasaba por la cultura clásica latina. No fue el esfuerzo de los humanistas ni la reforma del Imperio lo que transformó al alemán en lengua nacional sino la acción directa de Martín Lutero. La teología del monje agustino era ante todo una teología de la palabra, partiendo del principio del Evangelio de San Juan. Siendo la Biblia, por lo tanto, la única autoridad de la fe cristiana, y puesto que la Iglesia de Lutero era la comunidad de todos los creyentes, la palabra de Dios debía expresarse también en la lengua de los fieles. Así, la traducción de la Biblia, en el dialecto sajón de Meissen, se transformó en el libro de lectura del pueblo, al igual que otras obras del monje reformador. Por este motivo, en los territorios de implantación de la Reforma aumentaron enormemente la instrucción de los laicos y la capacidad de lectura. En el curso del siglo y medio siguiente no fue alemana otra cosa que una lengua, la cual funcionó como unificadora cultural de la nación en torno a la misma. Esto dio lugar a la constitución y difusión de muchas sociedades lingüísticas. A lo largo del siglo XVIII se configuró una nueva capa social compuesta por elementos muy heterogéneos. A ella pertenecían sobre todo funcionarios del Estado y, junto a ellos, también se hallaban los profesores universitarios, maestros, pastores evangélicos, escritores, libreros, editores, médicos, notarios, miembros, en última instancia, de las profesiones liberales, con una característica común: desempeñaban sus cargos y oficios no gracias a su estamento, sino a causa de su propia capacidad, consistente en su formación académica. Esto se debió a la necesidad constante, de muchos estados alemanes, de contar con una buena clase intelectual instruida, que sirviera de base para un ejército de funcionarios burocráticos, distinguidos, desde entonces, como los mejores de Europa. Con la aparición de este nuevo sector cultural, los dialectos y las hablas alemanas terminaron por fusionarse en la lengua de la alta cultura alemana. Esto permitió que tanto la literatura nacional, los teatros y la música germánica crearan, por sobre las

diferencias territoriales alemanas, una unidad de juicio y gusto. Sin embargo, esta nación germana se hallaba sólo en las mentes de sus intelectuales.

Podemos trazar un paralelismo de esta situación con la existente en Italia. En la península, las guerras de los siglos XVI y XVII mantuvieron la fragmentación política con lo cual la patria seguía siendo, para la mayoría de los italianos, la ciudad natal y su periferia. Por lo tanto, la Italia erudita fue, al igual que en Alemania, una nación eminentemente cultural, una “*república de intelectuales*”, carente de unificación estatal. Sin embargo, había claras diferencias con Alemania: Italia tenía contornos geográficos definidos y la latinidad de la cultura les daba un sentimiento de superioridad cultural. Poseía una unidad religiosa y la Contrarreforma había tenido un gran éxito, manteniendo en su seno la tradición del humanismo.

Durante la etapa comprendida entre la Revolución francesa y la Primera Guerra Mundial, el concepto de nación sufrió un cambio fundamental. Aún para fines del siglo XVIII, la nación era sólo un asunto de unas pocas personas. Sin embargo, a comienzos del siglo XX, la idea de nación había prendido en las masas populares convirtiéndolas en un poderoso concepto de legitimación que primero se extendió por Europa y luego por el mundo entero. Esta situación provocó una transformación radical sólo comparable a la producida durante la revolución del Neolítico, con la significativa diferencia de que este rápido cambio, ocurrido a fines del siglo XVIII, se dio en pocas generaciones, dificultando de esta manera su adaptación.

Esta revolución, desarrollada en las mentalidades, afectó profundamente a los sistemas políticos. El estado absolutista se sintió incapacitado para adaptarse a los nuevos tiempos, donde las masas populares requerían, cada vez más, una mayor participación en las decisiones de gobierno. El estado tradicional no

“podía, abstractamente formulado, seguir cumpliendo sus tareas en tres niveles decisivos: en el nivel de la participación en el poder, en el nivel de la eficacia política y en el nivel de la legitimación”.²²

Se dio entonces un gran clamor, de numerosos sectores de presión, para participar en el poder del Estado. En el plano político, la burguesía cuestionó tanto al absolutismo monárquico como los privilegios nobiliarios. En lo económico, se erigió en el sector más fuerte y pujante de la economía, promotor de la Revolución industrial. A su vez, la gran expansión de los sectores medios burgueses ilustrados abogó por la libertad de expresión de las ideas. Los problemas acumulados por la industrialización, como el enorme crecimiento demográfico y las dificultades sociales emergentes, hicieron necesario una reorganización

²² *Ibidem*, p. 128.

completa del aparato burocrático, transformándolo en más eficiente, centralizado y jerarquizado a fin de mejorar, de esta manera, la distribución más equitativa de los bienes y valores entre la población.

El cuestionamiento al principio de legitimidad de los regímenes absolutistas, unido a los nuevos cambios económicos, trajo aparejado un serio cuestionamiento al Antiguo Régimen que desembocó en revoluciones burguesas y liberales, en las guerras europeas de fines de siglo XVIII y las posteriores napoleónicas, que movilizaron cuantiosos recursos humanos y materiales. Estas guerras sólo pudieron ser detenidas por el Estado cuya legitimación ya no podía radicar en la elección divina sino en la voluntad de las masas de ciudadanos que representaban la idea de nación. Esto implicaba, para la Revolución francesa, que a la nación la constituían la comunidad de la totalidad de los ciudadanos del Estado, con derechos políticos, basados en el criterio de la igualdad de todos y de la soberanía popular. Por lo tanto, quien no se comprometía con el Tercer estado revolucionario, se encontraba, irremediabilmente excluido de la nación.

Pero esta unidad de Estado y nación era todavía inviable en Alemania. Allí, la unidad nacional estaba basada en la comunidad de los intelectuales, dotados de la misma lengua, por encima de las diferencias territoriales. Por lo tanto, ningún vínculo político debía constituir la nación, sino la lengua común y el sentimiento de pertenencia. Esta idea nacional fue profundizada por Weimar Johann Gottfried Herder, quien vinculó a “nación” y “pueblo”. Pero, a diferencia de Sieyès, Herder no hizo énfasis en el aspecto político, sino en la lengua y la poesía que constituían las bases del pueblo y de la nación. La idea de Herder se hizo muy popular, puesto que se vinculaba a las corrientes románticas de la época.

“Estas dos ideas nacionales, la política-subjetiva de la Revolución francesa y la cultural-objetiva del romanticismo alemán, se fructificaron mutuamente, se entrecruzaron y dieron al coro de mil voces de la Edad Moderna europea la tónica continua. En una época de continuos desarraigos y crisis de sentido, de pérdida del pasado y euforia por el futuro, la idea de nación ofrecía tres cosas: orientación, comunidad y trascendencia. La identificación con la nación simplificaba las complicadas relaciones sociales e interestatales y aclaraba el problema de la lealtad”.²³

El concepto de nación pasó a tener connotaciones religiosas pues se trataba de una realidad imaginada, a la que debía creerse, todo lo cual hacía que el nacionalismo pasara a constituirse en “*la religión secular de la era industrial*”. Esto implicaba que el nuevo estado ya no recibiría su justificación directamente de Dios sino a través de la nación, representada por su pueblo.

²³ *Ibidem*, p. 136.

Una de las dificultades que amenazaron a la cohesión nacional, en la Europa de este período, fue la ausencia de una unificación lingüística, una lengua culta que fuera hablada por todos. Para solucionar este problema, el Estado estableció una escolaridad centralizada, donde sólo podía hablarse en idiomas nacionales. Fue así como el aumento de la alfabetización ayudó al establecimiento de una única lengua lo cual, a su vez, se complementó con las mejoras en las comunicaciones y en el crecimiento comercial y económico, unido a la obligatoriedad del servicio militar.

Pero ¿qué acontecía cuando estaban ausentes los enfrentamientos religiosos para la unificación de la lengua nacional? Por ejemplo, en Italia, el dialecto toscano trabajado por Dante, Bocaccio y Petrarca no consiguió expandirse con el tiempo. Esto recién se logró con el novelista Alessandro Manzoni quien escribió su obra *Los Novios*, una novela histórica que exponía el punto de vista del pueblo sencillo y que luego tradujo al toscano. Al respecto, las regiones protestantes poseían la ventaja de contar con las traducciones de la Biblia a sus lenguas vernáculas. Martín Lutero, a través del dialecto sajón de Meissen y la Biblia husita, impresa en lengua popular en Praga en 1549, fue la base, en buena medida, de los futuros idiomas nacionales.

Sin embargo, la mayor parte de las lenguas nacionales, que hoy nos dan la impresión de ser muy viejas y arraigadas en la cultura de los pueblos, fueron, en realidad, recién normalizadas por primera vez durante el siglo XIX. Lograron ser

“creadas a partir de las vagas regiones de las hablas cotidianas populares y fundidas en la forma estricta de una lengua escrita gramaticalmente estandarizada, incluso en parte inventadas por vez primera. Y lo que no crearon los filólogos, lo aportaron los poetas que creían haber descubierto el espíritu de los pueblos en sus poemas épicos, cuentos y canciones populares y, en realidad, producían una poesía artificial, modificada en cuanto a lengua y contenido, adaptada al gusto del público burgués”.²⁴

Esta realidad contradecía directamente la concepción romántica que consideraba a la cultura nacional como un emergente directo y profundo del espíritu popular. En realidad, esta cultura sólo fue un producto elaborado por unos pocos intelectuales: filólogos, historiadores, poetas, filósofos, etc., que construyeron la nacionalidad desde lugares lejanos, incluso desde el exilio.

Además del idioma, se utilizó a la historia para la formación de una conciencia nacional, sirviendo para la unificación de los pueblos desde sus orígenes más tempranos. De esta manera, los relatos históricos servían para legitimar a la nación. Este pensamiento no

²⁴ *Ibidem*, p. 139.

era en sí mismo algo nuevo. En tiempos pasados se lo había utilizado reiteradamente con igual intención, adornándolo con atractivos relatos mitológicos. Pero hacia 1800, los cambios sociales y políticos de la Revolución industrial, que habían generado un sentimiento de desconcierto “*ante la destrucción imparable del marco de vida antigua y habitual*”, hicieron necesario una nueva búsqueda de legitimación basada en sus orígenes. Esto suscitó, durante el transcurso del siglo XIX, el florecimiento, en toda Europa, de un desarrollo historiográfico orientado hacia los temas nacionales.

“Las historias de las naciones europeas fueron construidas más que reconstruidas, y ello más aún cuanto más dudosa era la auténtica continuidad histórica de las naciones populares”.²⁵

Las guerras napoleónicas sirvieron como catalizador de este nuevo sentimiento. Las masivas movilizaciones que se concretaron, contaron preferentemente con la participación de los grupos artesanales urbanos y de las clases cultas burguesas. Estos sectores contribuyeron con los voluntarios más dispuestos a engrosar los ejércitos. Los sectores campesinos, más tradicionales, se mostraron poco interesados a la hora de defender este nuevo sentimiento patriótico.

En los Estados nacionales, existentes en la Europa occidental, fueron las escuelas y el ejército los medios por los que se introdujo la idea nacional en la población. En la Europa central y oriental fue necesaria una red de literatura, periódicos, partidos, asociaciones, tertulias de cafés, reuniones sociales, clubes y sociedades, donde se concentraba la comunicación, en los que las consignas y programas de la idea nacional ocupaban las mentes de los miembros y partidarios, y que fue nacionalizada por la sociedad. La burguesía ilustrada, a través del periodismo liberal, ayudó considerablemente al movimiento nacionalista merced a su oposición a los absolutismos monárquicos y a su prédica en favor de la libertad de expresión, que permitió una mayor expansión de las ideas populares y nacionales, dentro del marco del romanticismo. Lo cual, a su vez, coincidió, con el avance de la opinión pública a través del aumento de la alfabetización y de la difusión de los periódicos.

A diferencia de lo que sucedía en Alemania y en Europa occidental, donde los grupos asociacionistas y la libertad de imprenta permitían una apertura creciente hacia las nuevas ideas, en la Europa del sur y del este la situación fue distinta. Con gobiernos absolutistas y una gran censura, los grupos nacionalistas sólo pudieron manifestarse a través de sociedades secretas, que seguían la tradición de los masones y los iluminados del siglo XVIII, y cuyo

²⁵ *Ibidem*, p. 148.

modelo y prototipo, durante el siglo XIX, fue la sociedad de los *carbonarios*, surgida en la Italia de las guerras napoleónicas.

Más allá de la enorme fuerza que, en todos los sectores sociales, ha tenido y sigue todavía manifestando, tanto la idea como el sentimiento de lo nacional, Hagen Schulze termina su largo análisis crítico recalándonos que la nacionalidad constituye un producto eminentemente histórico y, por consiguiente, destinado a pasar.

“Como todas las formas políticas y culturales comunitarias, la nación es también un fenómeno de la civilización europea, por tanto, se ha formado históricamente, ha experimentado transformaciones y evoluciones, y, como todas las creaciones políticas, desaparecerá también algún día o perderá su significado político y cultural para hacer sitio a otro estado de comunidad humana”.²⁶

Conclusión

Si bien los tres historiadores coinciden en reconocer al concepto de nación como un fenómeno reciente de la historia, (surgido recién con la Ilustración a fines del siglo XVIII), que, a su vez, pretende tener raíces en un pasado remoto, todos ellos difieren en cuanto al tratamiento que le otorgan.

Hobsbawm se detiene en analizar y remarcar la presencia de tradiciones ficticias, inventadas en tiempos cercanos, con el claro propósito de legitimar algunos valores, generar cohesión de grupo o propender al aprendizaje de ciertas conductas a través de la repetición de rituales que forzosamente deberían estar conectados con el pasado. De esta manera, en la mayoría de los casos, la *invención de la tradición* operaría como legitimadora de la imagen de la nacionalidad, de modo tal que no podría concebirse una nación, o el concepto en torno a la nacionalidad o el nacionalismo, sin alguna vinculación con la tradición inventada.

Por su parte, Benedict Anderson pone el énfasis en el carácter que presentan las nacionalidades. Considera que no pueden ser identificadas con una ideología sino con el proceso que surgió espontáneamente, a fines del siglo XVIII, a consecuencia de la declinación del latín, como lengua literaria y científica, de la crisis de la concepción religiosa y de la desaparición de los absolutismos monárquicos. A su vez, sitúa en el plano de la cosmovisión del hombre la necesidad e importancia que, desde entonces, adquirieron los nacionalismos ya que ellos surgieron para dar significado a las contingencias de la vida diaria y otorgar sentido de pertenencia a un grupo. Indica, entre las causales de su aparición, el establecimiento de una interacción semifortuita y explosiva producida entre la adopción de

²⁶ *Ibidem* p. 88.

lenguas vernáculas y su vinculación con el capitalismo, la imprenta y la Reforma. Aclara que si bien este proceso fue espontáneo, una vez establecido, fue utilizado deliberadamente por los estados nacionales con el claro fin de consolidar y legitimar el poder en todo su territorio.

Hagen Schulze, por su parte, afirma que el concepto de *nación* es muy antiguo, incluso anterior al de *estado* aunque dejando aclarando que, en la antigüedad, solo hacía referencia a una nacionalidad sin estado. Servía únicamente para designar al lugar de nacimiento o bien para señalar a una agrupación determinada, como lo fueron las tribus germánicas de la Edad Media. También se aplicaba para indicar un estamento como lo eran la nobleza, la Iglesia, la burguesía, etc. De todos modos, este concepto sufrió, durante la Edad Media, un lento y paulatino cambio, que se acentuó considerablemente a comienzos de la Edad Moderna para terminar haciendo eclosión, tal como lo conocemos en la actualidad, con la Revolución francesa. Sin embargo, este proceso no fue igual en todos los países de Europa. Tanto en Francia, como en Inglaterra y España, el camino hacia la nacionalidad se dio con más rapidez gracias a la estabilidad y a la fuerza que tuvieron sus respectivas monarquías, quienes lograron nuclear, en torno a sus prestigiosas personas, la idea de nación, y contaron con el respaldo consiguiente de todos los sectores sociales, que vieron en estas figuras al símbolo mismo de la nacionalidad.

Para el historiador alemán, la nación sería una creación europea, que luego se propagó por todo el mundo. El elemento religioso, junto con las guerras, constituyeron factores que actuaron como catalizadores del proceso de nacionalización. Las lenguas vernáculas, una vez sistematizadas y debidamente gramatizadas, fueron reemplazando a los dialectos regionales y posibilitaron la unificación cultural que, en algunos casos, fue paralela al establecimiento del estado nacional y, en otras, constituyó un antecedente imprescindible para su posterior configuración. En este aspecto, merece una mención especial el caso de Alemania e Italia. En ambos, el estado-nación no logró plasmarse hasta muy entrado el siglo XIX. Por distintas causas, tanto alemanes como italianos, lograron inicialmente su unidad nacional por intermedio de la cultura, en especial de sus lenguas vernáculas, y no a través de un fuerte poder estatal centralizado. En Alemania, fue la institución Imperial la que impidió esta concreción, mientras que en Italia jugó este papel la Iglesia y la ocupación de su territorio por potencias extranjeras. Durante mucho tiempo, alemana fue sólo una lengua, creada y hablada por los intelectuales del país, quienes, reunidos en todo tipo de asociaciones culturales, en especial de carácter lingüístico, bregaron por la unidad cultural de la nación, la única posible en esas circunstancias. Junto con el idioma, los tres historiadores coinciden en reconocer que, también fue necesario crear una historia nacional que justificara este nuevo concepto. Al igual que las lenguas, los relatos del pasado fueron en

gran parte *inventados o modificados* para generar el necesario realce que permitiera dar cohesión de grupo a todos los hijos de un país.

La idea de Nación, que para la Edad Moderna abarcaba a los estamentos con poder político, reunidos en torno a la figura de una monarquía absolutista, terminó siendo fuertemente cuestionada por la Revolución francesa y las luchas napoleónicas, que acabaron con la legitimación divina del poder real, trasladando a las masas populares el concepto de soberanía nacional. A partir de entonces, y más específicamente en el siglo XX, la nacionalidad se ha manifestado como la comunidad de ciudadanos iguales basada en la soberanía del pueblo.

La tesis de Schulze termina afirmando que, así como el nacionalismo fue una creación europea de los tiempos modernos, que experimentó transformaciones y evoluciones a través de su historia, se encuentra, al igual que otros modelos anteriores, destinado a desaparecer algún día para dar cabida a otra forma de comunidad: imaginada, estatal y cultural, que manifieste el nuevo sentir de la humanidad.

A pesar de las diferencias apuntadas, también existirían otros puntos en común entre las posturas de Hobsbawm y de Anderson. Por ejemplo, los dos autores, al igual que Schulze, están de acuerdo en asignarle un fuerte sentido emocional ya sea al nacionalismo o a la *invención de la tradición*, elemento que se destaca como fundamental para su éxito y posterior perdurabilidad. Por otra parte, tanto una como otra, han sido utilizadas, y tal vez concebidas, como legitimadoras de un orden socioeconómico y político establecido. Si bien Anderson no habla de una *invención de la tradición*, su referencia a los cenotafios y a las tumbas al Soldado Desconocido parecerían contener un sentido muy cercano a esta concepción pues las define como poseedoras de una fuerte significación simbólica.

Sin embargo, Anderson difiere de Hobsbawm en cuanto a la importancia que éste le asigna al carácter ficticio de la *invención de la tradición*. Aunque Anderson le reconoce al concepto de nación un origen inventado, postura que también suscribe Schulze, aclara que el mismo debe ser entendido en un sentido positivo, es decir, como *creación e imaginación* y no como una *fabricación o falsedad*. Esto sería así pues cualquier comunidad numerosa debe ser forzosamente pensada por cada uno de los integrantes, con lo cual no sería correcto definir al nacionalismo por su falsedad o legitimidad sino por la forma en la cual es imaginado.

Hagen Schulze parte del concepto de grupo, definido por su sentimiento de pertenencia, así como también por sus diferencias con los grupos extraños, siempre considerados como hostiles e inferiores. Siguiendo a Ernest Renan, y en coincidencia con Benedict Anderson, el historiador alemán considera a la nación no sólo como un ente creado,

y pensado por sus integrantes, sino también como una idea dotada de carácter religioso, pues apareció en momentos de conmoción y desorientación socio-políticas a fin, no sólo, de superar las grandes angustias y ansiedades provocadas por los cambios ocurridos a finales de la Edad Media, o bien durante la Revolución industrial y liberal, sino también porque, como todo elemento no visible, debía ser primeramente creído para luego conseguir ser imaginado, asumiendo entonces su carácter real. Además, ambos autores coinciden en cuanto al origen eminentemente europeo del concepto de nación y en la importancia asignada a la lengua como elemento unificador y homogeneizante de la cultura vernácula, paso imprescindible, cuando no previo, para la conformación de un estado nacional que, durante la Edad Moderna se dio en torno a las monarquías francesa, inglesa y española, mientras que, para Alemania e Italia, la misma tuvo que esperar hasta mediados del siglo XIX, manteniendo, mientras tanto, su unidad, a través de una idea cultural, basada fundamentalmente en el criterio lingüístico.

Finalmente, todos coinciden en afirmar el carácter imaginado de la nacionalidad pues, para que ésta pueda existir, se necesita no sólo de un estado unificador sino, principalmente, de la participación de todos los habitantes de un país, que deben pensarse como parte integrante de un mismo proyecto basado en un pasado, un presente y un destino en común.